

Cuerpos, Territorios y Feminismos

Compilación latinoamericana
de teorías, metodologías
y prácticas políticas

Delmy Tania Cruz Hernández
y Manuel Bayón Jiménez
del Colectivo Miradas Críticas del Territorio
desde el Feminismo (Coords.)

Grupo de Trabajo de CLACSO
“Cuerpos, Territorios y Feminismos”



2020

Primera edición
Quito-Ecuador/México, enero de 2020

©INSTITUTO DE ESTUDIOS ECOLOGISTAS DEL TERCER MUNDO
info@estudiosescologistas.org / www.estudiosecologistas.org
Quito-Ecuador

©EDICIONES ABYA-YALA
Av. 12 de Octubre N24-22, bloque A, Quito-Ecuador
Teléfonos: (593-2) 3962 899/3962 800
e-mail: editorial@abyayala.org.ec / www.abayala.org

©BAJO TIERRA EDICIONES
bajotierraediciones@gmail.com
México

LIBERTAD BAJO PALABRA
libertadbajopalabra@riseup.net
México

Este libro parte del esfuerzo colectivo del Grupo de Trabajo de CLACSO
“Cuerpos, Territorios y Feminismos” del periodo 2016-2019.
Y contó con el apoyo de MISEREOR.

El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad de los autores

Miradas y andares colectivos. Experiencias de extensión rural e investigación-acción feminista en el este de Uruguay

Rossana Cantieri Cagnone
y Lorena Rodríguez Lezica

Nuestras miradas

Poder escribir juntas este artículo es una oportunidad para sistematizar y compartir nuestra experiencia desde la extensión rural, particularmente en lo que hace al trabajo con mujeres rurales: productoras familiares (ganaderas, hortícolas y apícolas) y pescadoras artesanales en la región este de Uruguay, mujeres que construyen y disputan cotidianamente su territorio desde sus predios, desde sus casas y desde los grupos y organizaciones que conforman. Lo sentimos como una oportunidad de poder hacer una pausa para mirar y mirarnos, pensarnos, y animar nuestro andar.

En un primer momento nos acercamos al territorio del departamento de Rocha¹ desde nuestra inserción universitaria, tanto desde Montevideo como desde los recientemente creados centros universitarios regionales.² Hemos dado conti-

-
- 1 En Rocha, uno de los 19 departamentos en Uruguay, la ganadería es el segundo rubro en importancia, predominando predios de ganadería familiar que en algunos casos incluyen ovinos y porcinos y en campo natural. Disputan este territorio la producción de arroz y también la forestación (plantaciones de eucaliptus). Rocha es el departamento con mayor extensión de costa oceánica y de sistemas de lagunas costeras del Uruguay, con un importante desarrollo de la pesca artesanal. Se trata además del departamento con mayor cantidad de territorios integrados por Sistema Nacional de Áreas Protegidas (SNAP), a las cuales se vinculan la mayoría de las organizaciones mencionadas, cultural, social, geográfica, económica y productivamente.
 - 2 Centro Universitario Regional Este (Rocha) y Facultad de Agronomía (Montevideo)-Universidad de la República.

nidad al vínculo en y con el territorio de múltiples maneras: partiendo de una serie de inquietudes inicialmente planteadas por algunos grupos y organizaciones, incorporando otras más que han ido surgiendo en el devenir histórico concreto del trabajo en el territorio, y de manera más reciente a partir de la construcción de un plan de formación, apoyándonos en una metodología feminista y de investigación acción. Esta construcción ha supuesto recuperar actividades y trabajos que nos preceden, que dialogan y se integran al pensamiento colectivo de esta formación específica. Consideramos fundamental partir de este reconocimiento, ya que no se trata de un desembarco en el vacío, sino de una intervención consciente, articuladora con otras y otros actores en territorio, respetuosa de procesos previos.

Es desde la extensión crítica, vinculada a la educación popular y la investigación acción-participativa que nos posicionamos en una cuidadosa intervención en el territorio junto a organizaciones y/o grupos de mujeres y mixtos. Entendemos que la extensión crítica se distancia de la formación técnica-profesional y desde un compromiso con la transformación de la sociedad “[...] se propone contribuir a los procesos de organización y autonomía de los sectores populares subalternos, intentando contribuir a la generación de poder popular” (Tommasino y Cano, 2016, p. 10).

Se trata de una experiencia que ha significado instancias de intercambio, crecimiento, aprendizajes y desafíos que enriquecen y retroalimentan la propia práctica propuesta. La propuesta de Investigación Acción Participativa (IAP) plantea una relación horizontal entre investigadoras/docentes/técnicas y las comunidades, una cuidadosa intervención en el territorio y en el vínculo con sus organizaciones o grupos de mujeres, una experiencia de crecimiento mutuo y aprendizaje colectivo. Junto a la investigación activista, investigación basada en la comunidad e investigación militante, la IAP comparte algunos ejes fundamentales. Destacamos algunos que nos han orientado en nuestra práctica: romper con la distancia entre sujeto

y objeto y en su lugar construir una relación horizontal, de crecimiento mutuo y aprendizaje conjunto; cuestionar la separación entre investigación y acción y en su lugar investigar desde el compromiso con la transformación; una participación real de las comunidades implicadas en todos los pasos de investigación-reflexión-acción, siendo las comunidades las que definen las agendas y las que deciden qué, cómo y para qué se investiga; investigar para conocer más sobre los procesos que determinan los problemas; conocer para comprender y comprender para transformar.

Construir una propuesta de metodologías participativas supone una reflexión inicial sobre lo que entendemos por participación. Desde nuestra práctica, optamos por distanciarnos del imaginario de crear participación. Concordando con Rebellato y Giménez, consideramos “por lo menos, ignorante de las complicadas redes vinculares que sostienen a los colectivos humanos y supone en los hechos una perspectiva ética poco respetuosa de las peculiaridades locales, frecuentemente derivada de una visión etnocéntrica y autoritaria” (Rebellato y Giménez, 1997, s/p). No son pocas las veces en que se la confunde con la mera presencia, quedando su conceptualización reducida, limitada al reclamo por el sólo hecho de estar presente en un lugar, espacio y momento determinado. Pero, si entendemos participación como construcción colectiva, la participación no se reduce sólo a la presencia y a la consulta, sino que va más allá: se comparten múltiples actividades, pensadas desde, por y para las comunidades.

A nosotras nos pasó que, desde un principio, cuando nos vinieron a proponer los fondos y todo, que nos presentaron, como que no teníamos mucha confianza. Que no sabíamos si arriesgarnos o no. Como que no éramos muchas, éramos cinco o seis. Después, fuimos viendo la realidad, fuimos viendo que nosotras éramos parte de esto. No era como en otros momentos que venían personas, trabajaban, supuestamente para nosotros, y nosotras no participábamos mucho más que en ver qué se iba a hacer. Y ellos decidían todo,

qué se compraba, lo que dejaban, lo que se llevaban. (B. B., pescadora artesanal)

Al hablar de participación, entendemos que las comunidades forman parte, y en ese sentido pertenecen; las comunidades también tienen parte al cumplir una función, un rol, una posición en aquello de lo que se forma parte, y toman parte, es decir deciden, toman conciencia de que “se puede y se debe incidir en el curso de los acontecimientos, a partir del análisis crítico de las necesidades y problemas” (Rebellato y Giménez, 1997, s/p).

Desde la sociología sentipensante, Fals Borda (1981) señala varias encrucijadas y dilemas. Entre ellas, propone un alejamiento del colonialismo intelectual, sosteniendo la necesidad de acercar la práctica disciplinar/académica al trabajo con las comunidades, trascendiendo prácticas aisladas de “expertos”, sin que ello suponga alejarse de construcciones metodológicas y epistemológicas de la ciencia social crítica. Propone una aproximación desde el saber hacer, desde el pensar y ser, desde el pensar y actuar; lo cual nos lleva a reflexionar sobre la generación de conocimiento, sobre el aprehender y la situación en que ese aprendizaje se da. Cada colectivo, de cada comunidad merece conocer y decir más sobre sus propias condiciones de existencia para poder defender sus intereses de aquellas clases que han monopolizado saberes, historias y recursos.

Nosotras fuimos organizándonos, participando en las reuniones y decidiendo como lo íbamos a hacer. Y ver la mejor manera. Y ver cómo hacíamos para ahorrar; porque era dinero nuestro y teníamos que ver cómo podíamos, más allá de la ayuda, ver como nos administrábamos. Como lo nuestro, como lo de la casa. (B. B.: pescadora artesanal)

Pensamos que elaborar un plan de formación a partir de una metodología de IAP contribuye a generar conocimiento para/ con las mujeres y los colectivos involucrados, en relación con

la propia metodología y el propio proceso de elaboración, formación e investigación. Es así que podemos aprehender y generar nuevo conocimiento a partir de nuestras prácticas históricas y concretas. Retomamos a Freire cuando afirma que:

Conocer es tarea de sujetos, no de objetos. Y es como sujeto, y solamente en cuanto sujeto, que el hombre puede realmente conocer. Por esto mismo es que, en el proceso de aprendizaje, sólo aprende verdaderamente aquel que se apropia de lo aprendido, transformándolo en aprehendido, con lo que puede, por eso mismo, reinventarlo; aquel que es capaz de aplicar lo aprendido-aprehendido a situaciones existenciales concretas. (Freire, 1984, p. 28)

Nos nutrimos además de una perspectiva feminista, que junto a la perspectiva participativa dentro de la tradición crítica en las ciencias sociales comparten el explicitar que la investigación debe tener un objetivo político además de uno puramente de generación de conocimiento.

Hoy en día existe acuerdo en considerar al feminismo como una propuesta política que más allá de las distintas orientaciones [...] propone cambiar la condición subordinada de las mujeres, de manera tal que se eliminen los obstáculos sociales, políticos, culturales y subjetivos que les impiden el ejercicio de sus libertades y el acceso pleno a la dignidad humana. (De Barbieri, 2002, pp. 120-121)

Es desde esta perspectiva teórica y política que decidimos cómo y para qué investigar, guiadas por algunos criterios como el llevar a cabo un trabajo de excavación que revele las perspectivas de todas las mujeres, en plural, y buscando visibilizar aquello que ha sido ignorado o no ha cobrado importancia por tratarse de intereses, preocupaciones o deseos de las mujeres. Un abordaje metodológico feminista busca llevar a cabo una investigación que resulte útil para las mujeres, orientada a la acción y al cambio social (DeVault, 1999; De Barbieri, 2002; Baylina, 2004). Y es desde esta perspecti-

va que cuestionamos concepciones teóricas previas con las que llegamos al territorio.

Nuestros andares

El plan de formación en género e integración territorial³ (de ahora en más “el Plan”) surge de la inquietud de reflexionar en torno a la acumulación de experiencias de intervención e investigación en un territorio específico, así como de abordar algunas problemáticas de interés planteadas por la comunidad. La propuesta de IAP surge con el objetivo de abordar una de las principales problemáticas identificadas por algunas de las mujeres en el territorio: la invisibilización del trabajo reproductivo y de cuidados, y del trabajo productivo de muchas de ellas, productoras agrícolas y/o ganaderas familiares y pescadoras artesanales.

El Plan fue discutido y elaborado en forma colectiva, proponiéndose abordar los siguientes ejes de reflexión y trabajo: i) división sexual del trabajo e invisibilidad del trabajo productivo y reproductivo; ii) el ser mujeres; iii) procesos colectivos y participación; iv) violencias hacia las mujeres; v) cuerpo y territorio; vi) formulación de proyectos con perspectiva de género y enfoque territorial. Nos propusimos trabajar alrededor de estos ejes contemplando instancias integradoras en el territorio, en las que pudieran participar e intercambiar en algunos casos sólo entre mujeres y en otros los distintos grupos y organizaciones en relación con las temáticas planteadas. Nos centraremos en una de estas instancias de encuentro, desde una mirada feminista del territorio, una mirada que tome en cuenta la perspectiva de las mujeres sobre su lugar en el mundo.

3 Desde este *plan de formación* trabajamos con: Grupo de mujeres Flores del Este-Sociedad de Fomento Rural Ruta 109; Sociedad de Fomento Rural de Rocha en Cebollatí; Cooperativa de Apicultores del Este (Cooaade); Asociación de Mujeres Rurales (AMRU) de Rocha; La Cocina de la Barra-Asociación de Pescadores/as Artesanales de las Lagunas Costeras (Apalco).

Abordar las problemáticas de género en particular en la producción agropecuaria familiar y la pesca artesanal, supone recuperar procesos y visiones de un sector relevante que propone otras formas de vida, producción y acceso a los recursos naturales, muchas veces contrapuestas al modelo hegemónico que prima hoy en los territorios; articulando factores como la tierra, el trabajo y la familia sobre formas variadas originales, dejando al descubierto relaciones internas de poder y de dominación en la producción familiar (en especial en las relaciones de género). Estas últimas adquieren particular relevancia pues vulnerabilizan al sujeto social (mujeres rurales), incidiendo fuertemente en las formas en que se organiza el trabajo a la interna del proyecto productivo familiar (Blixen *et al.*, 2012; Gallo y Peluso, 2013).

Uno de los desafíos planteados ha sido tensar algunos conceptos naturalizados en la cotidianidad de las relaciones que surgen entre familia, trabajo y producción. Encontramos necesario problematizar y poner en discusión la concepción extendida en que la familia acompaña al productor, asumiendo la preeminencia del rol masculino, y donde es invisibilizada la esfera de la reproducción social. Para abordarlo, acordamos el primer eje de trabajo. La propuesta se materializó en un taller en el marco del Plan de formación, específicamente dedicado a abordar esta temática, titulado ¿Yo productora?

Ellas: en la producción, reproducción y sostenibilidad de la vida

Elegimos centrarnos aquí en analizar lo vivenciado y reflexionado en el marco del primer eje, en una de las instancias del taller, en la que propusimos trabajar a partir de la elaboración de “relojes de rutina diaria”. La idea de este taller surgió en el marco de una reunión de uno de los grupos de mujeres, en la cual pusieron en cuestión la conveniencia (o no) de figurar como “colaboradora” de su marido en lugar de “empleada”

de él, a la hora de pensar en los aportes para su jubilación. Se ha instalado como costumbre en el campo que las mujeres figuren como empleadas de sus maridos, y ello comenzó a generar cierta incomodidad. La discusión sobre su implicancia en términos jurídicos llevó a visualizar las implicancias profundas a nivel subjetivo. Asimismo, en otras instancias se había planteando un malestar con la invisibilización de sus trabajos y con el hecho de no recibir ningún tipo de reconocimiento como “productoras”, ni simbólico ni económico. Uno de los problemas identificados es la (in)visibilización y desvalorización del trabajo reproductivo y productivo de las mujeres vinculadas a la producción agropecuaria familiar y la pesca artesanal, que hace al ocultamiento del papel fundamental que desempeñan en la sostenibilidad de la vida.

En Uruguay, al igual que sucede en el resto de América Latina, es frecuente encontrar en el mundo rural una división sexual del trabajo en la que las mujeres se especializan en el trabajo reproductivo, trabajo no remunerado, invisibilizado y no valorado, sobre el que se asienta la explotación capitalista (Dalla Costa, 1972; Galcerán Huguet, 2006; Federici, 2013). En muchos casos nos encontramos además con la invisibilización de aquellas tareas consideradas productivas, realizadas por parte de algunas mujeres.

El problema de las mujeres rurales es que [el trabajo] nunca se termina: no hay sábado, no hay domingo. Cuando no es la casa, es “ayúdame con la vaca” [...] siempre hay trabajo. (C. P., Productora familiar: apicultora)

En este mismo sentido, en muchos casos, además de ser invisibilizadas las tareas de reproducción, son desestimadas, minimizadas o desvalorizadas las tareas productivas, y con ellas, la toma de decisiones o la posibilidad de ocupar espacios de poder. Éstas quedan sujetas a que las mujeres se procuren, se ganen, su propio espacio.

Pero así como somos buenas para arriar o fuimos buenas para sostener la banderilla para que pasara la fumigación y fuéramos las primeras sobre las que cayeron los productos tóxicos, tenemos que ser llamadas para pensar, para decidir, para la toma de decisiones tenemos que estar. Y eso depende de las mujeres del lugar que nos ganemos. (C. P., Productora familiar: apicultora)

El taller fue una instancia explícitamente convocada para abordar la identificación de las mujeres como “productoras”. Como en el resto de las instancias de taller, la jornada comenzó como una dinámica corporal que permitiera sentipensar desde el cuerpo. Una vez hallado un lugar cómodo, de ojos cerrados comenzaron a recorrer su día, trayendo a su memoria y repasando en los movimientos de su cuerpo todas esas actividades que habían hecho. Fueron recordando con quiénes, cómo, con qué esfuerzo, con qué ganas, para quiénes, desde que iniciaron su día, hasta llegar al taller. Esto las llevó a pensar en todas esas otras tareas que en esa jornada restaban por hacer. Trajeron asimismo a la memoria todas esas otras tareas que recaen sobre ellas, por deseo u obligación, en la cotidianidad de sus días. Luego de este ejercicio, cada una trabajó con su “reloj de rutina diaria”, identificando que recae sobre ellas la responsabilidad de la reproducción y la sostenibilidad de la vida.

Entendemos por reproducción, siguiendo a Silvia Federici, todas aquellas actividades cotidianas y aquellas relaciones que hacen posible la vida y el desarrollo de la capacidad laboral de las personas. Se trata de un trabajo que no es visible como tal, un trabajo doméstico que va más allá de la limpieza de la casa.

Es servir a los que ganan el salario, física, emocional y sexualmente, tenerlos listos para el trabajo día tras día. Es la crianza y cuidado de nuestros hijos —los futuros trabajadores— cuidándoles desde el día de su nacimiento y durante sus años escolares, asegurándonos de que ellos también actúen de la manera que se espera bajo el capitalismo. (Federici, 2013, pp. 55-56)

Cada una dibuja su reloj, plasmando en el dibujo todas las actividades traídas desde la memoria del cuerpo en el ejercicio previo. En un siguiente momento los comparten, intercambian al respecto. Algunas siguen completando sus relojes a partir de lo que ven u oyen del reloj de la compañera, dibujando o escribiendo esa tarea de la que se olvidó dibujar. Esa tarea que la propia rutina ha mantenido invisible hasta para sí mismas. Se genera una discusión alrededor de las tareas que son trabajo y las que no, y por qué. Cuáles son consideradas “productivas” y cuáles no y por qué. Visualizamos que escasean en sus relojes actividades de esparcimiento/recreación, y en algunos casos los relojes están recargados también con actividades comunitarias-sociales.

Notan que la compañera que trabaja fuera del ámbito doméstico lo hace como una extensión de su trabajo “en la casa” pero de manera remunerada, un trabajo aprendido en su socialización como mujer, hija, esposa, madre y/o abuela. Nos preguntamos sobre el trabajo reproductivo, sobre los cuidados, sobre las tareas en campo, calculan cuánto costaría pagar a alguien por todas las tareas que ellas hacen y se pone en discusión quién controla el dinero que ingresa al hogar. Comparan los dibujos de unas y otras y notan que los relojes se ven recargados cuando hay niños y niñas menores que precisan de mayor cuidado, hay poco y nada de tiempo para el descanso. Se reconocen como amas de casa, cuidadoras, enfermeras, peón y administrativa a la vez. Una de ellas, a quien ha llevado más tiempo llegar a reconocerse y nombrarse a sí misma “productora”, escribe en su dibujo: “agarro el caballo, ayudo en los corrales, ir a buscar leña, racionar terneros, ayudar en alambres, costuras, barro el patio, mandados en Rocha, enfermedad: ayudo a cuidar” (tomado del reloj de M. N.). Desde un análisis marxista de la economía, el trabajo realizado por las mujeres no ha cobrado importancia, aparece como un servicio personal externo al capital, y al no recibir una remuneración por su trabajo, la explotación de las mujeres queda oculta (Federici, 2013). Desde una mirada crítica de la econo-

mía política marxista Silvia Federici busca desenmascarar el proceso de naturalización del trabajo reproductivo que, como trabajo doméstico:

No sólo se le ha impuesto a las mujeres, sino que ha sido transformado en un atributo natural de nuestra psique y personalidad femenina, una necesidad interna, una aspiración, proveniente supuestamente de las profundidades de nuestro carácter de mujeres. [...] A su vez, la condición no remunerada del trabajo doméstico ha sido el arma más poderosa en el fortalecimiento de la extendida asunción de que el trabajo doméstico no es un trabajo. (Federici, 2013, p. 37)

Visibilizar el trabajo reproductivo realizado por las mujeres muestra la función específica de las mujeres en la división capitalista del trabajo y al mismo tiempo, continúa Federici, “las formas específicas que nuestra revuelta debe tomar” (Federici, 2013, pp. 57-58). En el trabajo con las mujeres rurales, surgen algunas preguntas orientadoras en esta experiencia de investigación-acción: una primera gira alrededor del reconocimiento o no reconocimiento de su trabajo reproductivo como trabajo; la segunda gira alrededor del reconocimiento de sí mismas como productoras; y la tercera toma la provocación de Federici, que tiene que ver con la estrategia a seguir, con las formas que se darán para la lucha como mujeres organizadas y dentro del núcleo familiar.

Por su parte, Amaia Pérez Orozco propone ir más allá de los esfuerzos realizados por teóricas feministas de rescatar y revalorizar lo económico en ámbitos protagonizados por mujeres, esfuerzos que han resultado en la distinción entre la producción y la reproducción, entre el trabajo asalariado visible y el trabajo doméstico invisible. Desde una crítica feminista de la economía política, propone trascender la dicotomía entre lo económico y lo no-económico, entre el trabajo y el no-trabajo, y en su lugar busca un término que contemple y contenga la idea del cuidado de la vida. Para la autora, “seguir dividiendo producción (de cosas) y reproducción (de perso-

nas) es una estrategia analítica nefasta que no nos permite ver lo que nos importa, que es, en última (y en primera) instancia, la gente, su bienestar, lo transversal” (Pérez, 2006, p. 233). Se refiere al concepto de sostenibilidad de la vida, proponiéndole como categoría analítica central. Se trata de un concepto que desde la economía feminista engloba las distintas actividades y los distintos procesos desarrollados para garantizar la satisfacción de las necesidades de las personas, actividades y procesos que constituyen la base del sistema económico. Una otra perspectiva para pensar a la organización social, haciendo visible lo oculto, nombrando y haciendo explícito lo implícito,

[...] permite además poner de manifiesto los intereses prioritarios de una sociedad, recuperar todos los procesos de trabajo, nombrar a quiénes asumen la responsabilidad del cuidado de la vida, estudiar las relaciones de género y de poder y, en consecuencia, analizar cómo se estructuran los tiempos de trabajo y de vida de los distintos sectores de la población. (Pérez Orozco, 2006, p. 244)

Desde la economía feminista se propone así partir de la diversidad de experiencias de las mujeres, en plural, prestando atención al mismo tiempo a su especificidad como experiencias de mujeres. En lugar de centrarse en la explotación del trabajo de las mujeres, y en imágenes de opresión y discriminación se revalorizan sus experiencias y se coloca el foco sobre todo en la resistencia frente a los procesos de jerarquización y de mercantilización de la sociedad.

De este taller rescatamos la oportunidad de discutir sobre las múltiples tareas que fueron trayendo a sus relojes, y de identificar cuáles tareas son esenciales para la reproducción de la vida, imprescindibles para que sea posible el trabajo que definen como productivo y, por lo tanto, como trabajo: lavar la ropa, lavar los platos, cocinar, coser, barrer el patio, juntar leña, regar las plantas, el cuidado de enfermos, comprar alimentos y otros enseres necesarios para el funcionamiento cotidiano del hogar, hacer las tareas de la escuela con los hijos

e hijas, recorrer el campo, ayudar en los corrales, vacunar animales, racionar terneros, ayudar con alambres, curar animales, hacer tierra para las quintas, dar de comer a las gallinas, limpiar la jaula de los pájaros, ir a la veterinaria, comprar remedios, cuidar las relaciones familiares, hacer trámites, encargarse de la planificación, ir a hacer mandados a la ciudad, reuniones de la organización, del grupo, participar en proyectos, recibir con la casa limpia y la comida cocinada a “los técnicos” que les visitan. Técnicos extensionistas rurales que en muchos casos acentúan las desigualdades al no visualizarlas como productoras, perpetuando así su exclusión de ámbitos de discusión.

Ellas: su lugar en el mundo

Cuando hablamos de territorio, consideramos por un lado lo trabajado por Mañano, en cuanto a la confluencia de territorios materiales (espacio físico) e inmateriales (espacio social: relaciones, pensamientos, conceptos, teorías e ideologías). Para este autor ambos son inseparables, porque el uno no existe sin el otro (Mañano, 2008, p. 7). Por su parte, Urruzola (2002) considera que sus habitantes “transforman al territorio en un lugar: lo humanizan, lo cargan de significados e historias”. Pero ello no es suficiente cuando ponemos el foco en las relaciones entre quienes lo construyen, lo conforman y lo habitan; relaciones que muchas veces son profundamente desiguales. Es necesaria una mirada feminista del territorio, que contemple estas desigualdades pero que además tenga en cuenta una primera dimensión, de la que muchos teóricos se han olvidado, pero que sí han visibilizado las geógrafas feministas: los cuerpos.

En una revisión de la literatura sobre cuerpos femeninos y territorios-espacios como categorías separadas pero articuladas, Delmy Tania Cruz Hernández recoge el planteo de geógrafas feministas, preguntándose por el lugar que ocupan los cuerpos de las mujeres en los territorios, encuentran-

do que “las feminidades y las masculinidades se producen y reproducen junto a todo aquello que une simbólicamente a las y los sujetos con su lugar” (Cruz, 2016, pp. 5-6) y colocando en el centro las relaciones e interacciones sociales para la conceptualización del espacio social. Ello permite visualizar las desigualdades de género y por lo tanto de poder que se dan en los espacios.

En territorios tan diversos biogeográficamente (como los hay en el departamento de Rocha), la presencia de intereses encontrados es frecuente entre los actores (también muy diversos) que lo construyen. Abordar los temas desde un enfoque holístico y desde metodologías participativas como la cartografía social, permite respetar dicha diversidad y buscar alternativas acordes “orientada al reconocimiento de elementos vivenciales y simbólicos del territorio, que favorece a la co-construcción de una mirada común respecto a las potencialidades, activos y dificultades, presentes en un mismo territorio” (Carroza, 2017, p. 105). Problematizar estas cuestiones a nivel de la comunidad, ofrece la oportunidad de contribuir al fortalecimiento de los colectivos, siendo éstos actores activos, que conviven, disputan y construyen su propio territorio.

En el intercambio con las mujeres de distintos grupos, en el marco del curso “Territorios, Feminismos, Ecologías y un abordaje desde la cartografía”,⁴ las estudiantes propusieron trabajar con cartografía. Ante la pregunta: ¿cómo es el territorio que habitamos?, la mujeres fueron mapeando su territorio, señalando los cambios en el paisaje, cambios que hablan de un territorio en disputa, un territorio-tierra amenazado por la rápida expansión de actividades extractivas, que ponen en peligro la supervivencia de la producción familiar. Se describe el paisaje actual como un infierno de jabalís, rodeada de plantaciones de eucaliptus. Se plantea como preocupación que los campos se han secado por la expansión de la forestación y la

4 Curso de educación permanente presentado en el Centro Universitario Región Este (Rocha), Universidad de la República, Uruguay, en el 2° semestre de 2017.

imposibilidad de poder dedicarse a una producción agroecológica cuando se está rodeado de agroquímicos. En relación a ello, comentan que antes a las mujeres se les asignaba la tarea de banderilleras. Mientras los varones (esposos, hijos) manejaban la maquinaria para fumigar, ellas ponían el cuerpo para marcar el campo, indicando dónde echar el veneno. En el intercambio descubren que no parece ser cosa del pasado, cuando una de las compañeras presentes comparte que continúa con esta tarea. Este intercambio genera una discusión alrededor del cuidado de otros (consiguiendo protección para los responsables de “curar” el campo: esposo o hijos varones) y no así el cuidado de ellas mismas (completa desprotección en la tarea de banderillera o bien casos de envenenamiento a raíz de la exposición a los productos utilizados). Como bola de nieve, una a una van narrando situaciones similares, así como las acciones que tomaron al respecto: solicitudes al Ministro de Ganadería, Agricultura y Pesca para la prohibición de la fumigación, pues afecta su producción y salud.

Todas coinciden en su apego al campo, y en que es ése “su lugar en el mundo”, y comparten la preocupación por el futuro de ellas y sus hijos en el campo ante la venta de los campos a extranjeros y la migración de pequeños productores y productoras mientras los grandes se expanden. Surgen como emergentes la disputa por los bienes comunes y el cuidado del agua, el suelo, el palmar, el monte nativo, la fauna nativa; el paisaje como identidad cultural e histórica, la producción agropecuaria como base de sustento económico, y la producción familiar como forma de vida, como ejercicio de soberanía y de derechos, entre otros.

Palabras que cierran y abren

A nosotras nos cambiaron un montón de cosas. No sólo esto, venir acá, dedicar un montón de horas [...] que es increíble. Para nosotras mismas es valor. Sabemos que lo po-

demos hacer. Para nuestra casa y nuestra familia está bien. Todo lo que nosotras hacíamos, cocinar, y no sólo. Todo lo demás. Estábamos acostumbradas a arreglar las cosas. Pero hacerlo así fue toda una aventura, fue darnos cuenta que podíamos. Mismo estar en grupo. Nosotras no estábamos tan tan unidas... y este grupo para nosotras es muy fuerte (B. B., pescadora artesanal).

Para nosotras, quienes transcribimos y hacemos nuestras muchas de estas palabras, también cambiaron un montón de cosas. Cambió nuestra forma de acercarnos, de mirar, de pensar y planificar nuestro trabajo en el territorio, junto con los colectivos y comunidades que lo habitan. Compartimos estas palabras a modo de ensayo, como una experiencia que inicia y a la vez nos motiva a continuar en marcha. Sí sabemos y sostenemos con firmeza que cuestionamos las formas jerárquicas de construir el conocimiento, que optamos por tomar distancia del difusionismo, de la extensión no crítica, de las prácticas que no se dan el tiempo y el lugar para pensarse a sí mismas. Anhelamos construir y repensar los procesos en el territorio, con las mujeres, con los distintos colectivos y comunidades, contemplando y acompañando sus mundos (en diálogo con los nuestros), integrando y compartiendo intereses, desafíos, proyecciones. Colocamos en el centro sus preocupaciones, las de las mujeres, de sus experiencias, sus dolencias, sus miedos, sus sueños, sus inquietudes, sus ánimos de construir colectivamente. Colocamos en el centro, al mismo tiempo también, nuestras preocupaciones, nuestros anhelos y estas palabras que son un insumo para seguir pensándonos.

Bibliografía

- Baylina Ferré, M. (2004). Metodología para el estudio de las mujeres y la sociedad rural. *Revista Estudios Geográficos* 65(254): 5-28.
- Blixen, C., R. Cantieri, I. Malán, V. Menéndez e I. Peluso (2012). Cuando se es abeja y se tira como un tractor. Reflexiones en torno a la formación de productoras/es familiares con perspectiva de género y generación. En D. Piñeiro, R. Vitelli y J. Cardeillac, *Relaciones de género en el medio rural uruguayo: inequidades “a la intemperie”* (pp. 63-80). Montevideo: Programa I+D-CSIC/ NESA/FCS-UDELAR.
- Carroza, N. (2017). Metodologías de trabajo de experiencias de vinculación con el medio en universidades chilenas: entre lo convencional y lo emergente. En B. González, P. Saravia, N. Carroza, F. Gascón, C. Dinamarca y L. Castro, *Vinculación con el Medio y Territorio. Heterogeneidad de modelos, prácticas y sentidos en las universidades chilenas* (pp. 93-114). Valparaíso: Observatorio de Participación Social y Territorio-Universidad de Playa Ancha.
- Cruz Hernández, D. T. (2016). Una mirada muy otra a los territorios-cuerpos femeninos. *SOLAR, Revista de Filosofía Iberoamericana* 12(1): 35-46.
- Dalla Costa, M. R. (1972), *Las mujeres y la subversión de la comunidad*. México: Siglo XXI.
- De Barbieri, T. (2002 [1998]). Acerca de las propuestas metodológicas feministas. En Bartra, Eli (Comp.), *Debates en torno a una metodología feminista* (pp. 103-140). 2a ed. México: UAM-Xochimilco, UNAM-PUEG.
- DeVault, M. (1999). *Liberating Methods: Feminism and Social Research*. Filadelfia: Temple University Press.

- Fals Borda, Orlando (1981). La ciencia y el pueblo. En *Investigación participativa y praxis rural. Nuevos conceptos en educación y desarrollo comunal* (pp. 19-47). Lima: Mosca Azul Editores.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Freire, Paulo (1984). *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*. México: Siglo XXI.
- Gallo, Alejandra e Irene Peluso (2013). Estrategias sucesorias en la ganadería familiar: un enfoque de género. *Revista de Ciencias Sociales* 26(32):17-34. DS-FCS.
- García Rocés, I. y M. Soler Montiel (2010). Mujeres, agroecología y soberanía alimentaria en la comunidad Moreno Maia del Estado de Acre. *Investigaciones Feministas 1*: 43-65.
- Galcerán Huguet, M. (2006). Introducción: Producción y reproducción en Marx. En *Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista. Producción, reproducción, deseo, consumo*. Madrid: Tierradenadie Ediciones, S.L./ Ciempozuelos.
- Mançano Fernandes, Bernardo (2008). Territorio, teoría y política. En *Actas del Seminario Internacional "Las configuraciones de los territorios rurales en el siglo XXI"*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Pérez Orozco, A. (2006). La economía: de icebergs, trabajos e (in)visibilidades. Laboratorio Feminista. En M. Galcerán Huguet, *Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista. Producción, reproducción, deseo, consumo*. Madrid: Tierradenadie Ediciones, S.L./Ciempozuelos.
- Rebellato, J. L. y L. Giménez (1997). *Ética de la autonomía*. Montevideo: Roca.
- Tommasino, H. y A. Cano (2016). Avances y retrocesos de la extensión crítica en la Universidad de la República de Uruguay, *Revista de*

Extensión Univesitaria Másquedòs (1): 9-23.
Buenos Aires: Unicen.

Urruzola, Juan Pedro (2002). *Escritos urbanos*.
Montevideo: Montevideo.